



Recuerdos de Girón

■ SANTIAGO CARDOSA ARIAS

LA SITUACIÓN QUE existía, los partes y noticias que traían los compañeros que habían salido para Girón desde los primeros momentos, hicieron que en la Redacción nos recibieran como a uno más que regresa a casa, normalmente, diría que hasta con indiferencia, aunque algunos queriendo saber cómo lo hicimos, cómo vencimos no solo los 500 kilómetros de distancia, sino de qué medios nos habíamos valido.

—Ya eso quedó atrás, Humberto. Esa es una historia para luego. Aunque ya es un poco tarde, han pasado los días, ¿cuándo salgo para Girón, tal como te pedí desde Manzanillo?

Mi insistencia parecería que era por el afán de aventura que hay en todo joven de poco menos de 28 años, pero no era eso. Se trataba de una razón muy especial, personal y sentimental: a mediados de marzo, es decir, un mes aproximadamente antes de la fecha de la invasión, el fotógrafo Ernesto Fernández y yo habíamos hecho un reportaje a plana entera en **Revolución**, que titulamos “**ESTA ES PLAYA GIRÓN**”, con profusión de datos y fotos de lo que era el centro turístico todavía ni siquiera inaugurado, y que formaba parte de las construcciones y otras obras que la Revolución realizaba en esa península.

Aquella era, por tanto, “nuestra Playa Girón” invadida y parte de sus cabañas destrozadas por la metralla y, tal vez, algunos de los trabajadores que habíamos entrevistados, muertos.

Ahora —y era la motivación humana y profesional que más me impulsaba—, Ernesto ya estaba allí (fue el primer fotógrafo en llegar) desde el amanecer del día 17 con el periodista norteamericano Bob Taber y otros colegas de **Revolución**, mientras yo, ese día, como expliqué, corría loma abajo en la Sierra Maestra.

Tras consultar con Constantín, y pedirme que me quedara ese día en el periódico para ayudar en la recepción de los materiales que seguían llegando de la Ciénaga y otros lugares, tarde en la noche recibí la orientación que tanto esperé.

—Mañana —nos dijo Humberto— salen para Girón. Te vas con Collado (Mario, el fotógrafo), y

Felipe de chofer, o tu hermano. Van a ir en el VW, al que le acaban de instalar la planta de radio...

Aquello de ir con mi hermano Osvaldo me alegró mucho. No solo por el hecho familiar. Él había sido el chofer que llevó a los primeros periodistas de **Revolución** en un jeep, entre ellos el fotógrafo Tirso Martínez, a quien Fidel, en un momento de los combates, le pidió el vehículo “prestado”, y mi hermano de conductor. De este hecho mi hermano vive justificadamente orgulloso, junto con otros de los que se ha escrito poco, y en algunos casos nada, como la versión de que cuando Fidel disparaba al “Houston” desde un tanque, él estaba a su lado y, con esos arranques de los jóvenes “facultosos”, lo animaba o le sugería el mejor tiro.

Finalmente, por razones de planificación del trabajo, se designó a otro chofer, con quien recorrimos parte de la Ciénaga durante la “Operación Limpieza”.

■ “¡POR AQUÍ NO PUDIERON PASAR!”

Desde que tomamos por la Vía Blanca, y a la salida del Túnel, comenzamos a ver a cientos de milicianos que parecían incrustados en el “diente de perro” a lo largo del litoral habanero, y luego en puentes y carreteras de la provincia de Matanzas, hasta la llegada a Jagüey Grande, antesala de una de las entradas para Playa Girón y recinto del central “Australia”, que se convirtió en Comandancia General de las operaciones dirigidas por Fidel.

Al paso del VW con su rótulo del periódico **REVOLUCIÓN**, los milicianos situados a ambos lados de la carretera, con los rostros tiznados por la pólvora y los ojos irritados por el sueño, nos gritaban “¡POR AQUÍ NO PUDIERON PASAR!”; ¡DIJIMOS QUE VENCERÍAMOS Y VENCIMOS!”... “PUBLÍQUENLO ASÍ, EN PRIMERA PLANA!”...

Aquel atardecer, Jagüey Grande se mantenía movilizado totalmente y atendiendo a los heridos que seguían llegando del frente, no obstante que el grueso de los combates había cesado desde días antes. Todavía, esporádicamente, se escuchaban disparos de fusilería, ame-



Poco menos de 72 horas bastaron para que la brigada 2506 desfilara... hecha prisionera.
Foto: Archivo

tralladora o arma corta, como parte de la persecución a los mercenarios en fuga.

Allí, cerca de un parque, del hospital del pueblo y de la casa que habían convertido en puesto de primeros auxilios de la Cruz Roja, los vecinos de Jagüey Grande brindaban a los combatientes que pasaban agua, café, naranjas y otras golosinas. Precisamente, el par de naranjas que nos dieron fue lo primero y lo único que ingerimos desde que salimos de La Habana.

Un herido que atendían —el primero que veíamos— tenía una pierna atravesada por un proyectil. Pienso que tendría unos 17 o 18 años, de tez blanca y ojos color del café, y le reclamaba a una enfermera que lo curara rápido. “Tengo que volver con mis compañeros; a esa gente hay que eliminarla hoy mismo”, le decía casi como una imploración, sin importarle la sangre que corría de su pierna.

■ LLEGADA A LA COMANDANCIA DEL “AUSTRALIA”

La noche ya había caído totalmente cuando llegamos al “Australia”. Los obreros del ingenio, de venidos milicianos y combatientes, junto a vecinos del lugar, rodearon nuestro vehículo y, con ansiedad, querían saber “cómo estaban las

cosas por allá afuera”; si era cierto que se había producido otro desembarco, y otras muchas preguntas motivadas por las transmisiones de Radio Swan y demás emisoras contrarrevolucionarias.

Días atrás, todo el batey del central y sus alrededores habían sido el principal escenario desde donde Fidel, junto con otros oficiales, dirigió las operaciones para rechazar y eliminar la invasión. Ahora, sin embargo, todo se reducía a evitar que los mercenarios y sus jefes se escaparan y en su fuga dejaran nuevas víctimas entre la población civil.

En el momento del intercambio de preguntas, nuevamente oímos en la lejanía un sordo tableteo, ráfagas de armas automáticas, que uno de los presentes identificó como “Son los nuestros. Ya esos H.P. no hacen más que correr y refugiarse en el mangle, en el monte. Estamos ‘limpiando’...Ellos se están metiendo en casa de los campesinos buscando qué comer y ropas para liberarse del uniforme de ‘pintos’ que trajeron, y tratar de confundirnos para huir”.

Esa noche nos quedamos a dormir en el “Australia”, ante la imposibilidad de seguir hacia Playa Girón, por la orden que tenía un teniente del Ejército Rebelde que, además, argumentó: “De todas formas, el fotógrafo no va